

Número 29

REPUBLICA DE COLOMBIA

Octubre 1.º: 1907

REVISTA
DEL COLEGIO MAYOR
DE
NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTA

IMPRESA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMVII

CONTENIDO

Solemnidad del Rosario.... P. RIVADENEIRA
 Un Nuevo Libro Filosófico.
 Ayer y Hoy..... ÁNGEL MARÍA SAENZ
 El Espíritu de San Vicente
 de Paúl..... RAFAEL M. CARRASQUILLA
 El Arbitraje..... JORGE HOLGUIN
 Lectura sobre el arte de
 educar..... R. M. C.
 Crónica del Colegio..... V. M. LOZANO
 Diversa.

REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Octubre 1.º de 1907

Solemnidad del Rosario

Aunque ha sido muy célebre la devoción del Rosario desde el tiempo de Santo Domingo, se hizo más célebre con ocasión de la famosa batalla naval de Lepanto, que se ganó por intercesión de Nuestra Señora, y particularmente por la devoción de su santo rosario; la cual, siendo tan sabida, no hay para qué referirla aquí de propósito, y siendo muy propia de la fiesta de hoy no se puede callar del todo, y por eso diré la suma de ella.

Después que Selim II de este nombre, gran turco, rompió las paces con la República de Venecia; viéndose señor del mar por la multitud de sus naves y soldados, se señoreó del Reino de Chipre, y empezó á hacer hostilidades y estragos en los cristianos. El santísimo Pontífice Pío V procuró unir todas las armas católicas contra el enemigo común de la cristiandad que deseaba dominarlo todo con su poder, y presumía eclipsar con sus lunas las luces clarísimas de nuestra fe. Excusáronse los otros príncipes cristianos, y solamente el Rey católico, Felipe II se coligó con el Papa y con la República de Venecia para oponerse á tan formidable enemigo. Dispúsose una poderosa armada de que iba por General D. Juan de Austria, hijo del invicto Emperador D. Carlos V, en quien parecía herencia el valor, y patrimonio el vencer. Buscó la armada católica á la turquesca, que esperaba en el golfo de Lepanto. Los turcos contaban doscientas y treinta galeras reales con otras muchas galeotas y vasos menores; los cristianos lle-



vaban más de doscientas galeras, ochenta y una del Rey de España, ciento y nueve de Venecia, y doce del Sumo Pontífice, tres de Malta y otras de caballeros particulares. Al llegar nuestra armada á vista del enemigo, el viento, que para los turcos era favorable y para los cristianos contrario, amainó casi de repente, empezó ya á desfavorecerles este elemento, y el mar se sosegó, como si pretendiera ver con reposo los dos más poderosos ejércitos del mundo disputar sobre la posesión de él. El de los turcos era muy superior en número; el de los cristianos era superior en el valor; los turcos presumían alistarse debajo de sus banderas la fortuna, hinchados con repetidas victorias; los cristianos sabían que venía con ellos la justicia de la causa; ambas armadas miraban presente la batalla y el riesgo, y en esperanzas la victoria y el triunfo; pero los infieles le esperaban de su valor y los fieles del favor divino. Por esto, ya que se acercaba á tiro de cañón, mandó Su Alteza enarbolar un crucifijo y muchas imágenes de Nuestra Señora, y todos puestos de rodillas hicieron oración á Dios, poniendo por intercesora á la Virgen, suplicándole que no diese la victoria á sus enemigos por castigar á los que la confesaban y llamaban arrepentidos de sus culpas. Luégo, habiendo esforzado los dos Capitanes á sus soldados, y dado la señal de aceptar de ambas partes la batalla con dos tiros de bombardas, se acometieron las naves con increíble ímpetu y se peleó por espacio de dos horas con extraño valor, con diferentes sucesos, ya prósperos, ya adversos, como los lleva la guerra, sin saberse aún dónde estaba la victoria, hasta que se reconoció en nuestra armada, y se fue declarando tanto por los cristianos, que en breve tiempo quedó desbaratada y deshecha la armada de los turcos, treinta mil con su Bajá muertos, diez mil cautivos, ciento y ochenta naves presas, noventa sumergidas, quince mil cristianos rescatados, casi trescientos tiros de artillería cogidos, el despojo de dinero, joyas y armas ni tiene precio ni número; y lo principal fue cobrar las armas católicas

la reputación perdida, y perder los mahometanos la soberbia y la confianza ganadas en muchas victorias. Murieron de nuestra parte seis mil hombres, y pocos de cuenta; por lo cual fue esta batalla la más célebre que han conseguido en el mar los cristianos, y no sé si vio antes primera, ó ha visto después segunda en sus campañas el elemento del agua.

Debióse esta insigne victoria á las oraciones de San Pío V y de la cristiandad, donde el santo Pontífice las mandó hacer; y fuera del valor de los soldados cristianos ayudó mucho la devoción y celo con que confesados y bien dispuestos entraron en la batalla para morir defendiendo la fe, si Dios por nuestras culpas diese á los infieles la victoria; y principalmente se debió á la intercesión de la Santísima Virgen María Nuestra Señora, singular patrona de las batallas, á quien el Sumo Pontífice encomendó esta empresa, y el General y capitanes hicieron diversos votos. Consiguíose esta victoria en el primer domingo de Octubre de 1571, día que la religión de Predicadores tenía consagrado, como todos los primeros domingos de cada mes, al culto de Nuestra Señora del Rosario; y en éste especialmente encomendaba á Dios el buen suceso de las armas católicas, por mandado del Sumo Pontífice Pío V, el cual, en reconocimiento de tan señalada merced, como recibió toda la cristiandad de la Madre de Dios, consagró este día á su culto, con título de "Santa María de la Victoria," y Gregorio XIII, que le sucedió, mandó que se celebrase cada año, en el primer domingo de Octubre, en todas las iglesias del orbe cristiano donde hubiese capilla ó altar de Nuestra Señora del Rosario, fiesta á Nuestra Señora con título del Rosario, por haberse alcanzado esta victoria por su devoción. Confirmó esta fiesta Clemente VIII, y últimamente nuestro santísimo Padre Clemente X, á instancia de la Reina nuestra señora D^a Mariana de Austria, ha mandado que en todos los reinos y señoríos de la monarquía católica se celebre fiesta de Nuestra Señora del Rosario, con

oficio de doble mayor, por todo el estado eclesiástico, secular y regular (1).

Es muy digna de ser usada de todos, y muy agradable á Nuestra Señora, la devoción de su Santísimo Rosario, y muy segura: porque fuera de estar aprobada y recomendada por la Iglesia, este rosario ó salterio de Nuestra Señora, se compone de la oración del Padre nuestro y de la del Ave María, que son las mejores oraciones que tiene la Iglesia, como dice Santo Tomás, y las mejores que se pueden decir á la Virgen. Y dejando la oración del Padre nuestro, que es compuesta por el mismo Cristo, y en esto lleva toda su recomendación; la oración del Ave María se compuso de las palabras del arcángel San Gabriel, cuando saludó á María, y de las de Santa Isabel, cuando María la saludó; aunque diremos mejor, que el mismo Dios compuso esta salutación y nos la enseñó por boca de un ángel y de una mujer, para que tengan parte en esta salutación los hombres y los ángeles, alaben todos con ella á la Reina de los ángeles y de los hombres; porque San Gabriel, como advierte el beato Alberto Magno, no saludó á María en su nombre, sino en nombre de la Santísima Trinidad, como su embajador; y dijo aquella salutación, no como inventada por él, sino como enseñada de Dios; y Santa Isabel, antes de saludar á María, fue llena del Espíritu Santo, el cual la hizo decir las palabras que no había pensado y profetizar lo que antes no sabía, como advierte San Gregorio.

A esta salutación añadió la Iglesia, gobernada y enseñada del mismo Espíritu Santo, las últimas palabras: "Santa María, Madre de Dios," etc. El Cardenal Baronio dice que se añadió esta parte á la salutación angélica el año de 431 con ocasión de la herejía de Nestorio, que

(1) Posteriormente, Clemente XI, en acción de gracias por la victoria obtenida en Hungría sobre los turcos por Carlos VI en 1716, extendió la fiesta del Rosario á toda la Iglesia. León XIII elevó el rito de la festividad á doble de segunda clase, le asignó oficio y misa propios, y enriqueció la fiesta y el mes del Rosario con muchas indulgencias.—(Nota de la Redacción).

no quería llamar á María Madre de Dios; porque, condenado este perverso heresiarca, que pretendía oscurecer la mayor gloria de María Santísima, creció más la gloria de esta soberana Señora en toda la Iglesia; la cual empezó á invocarla y predicarla perpetuamente con el nombre de Madre de Dios, muy usado de los santos Padres; y para que todos los fieles confesasen y celebrasen esta gloria de María, siempre que repitiesen la salutación angélica, añadió aquellas palabras: "Santa María, Madre de Dios," etc. El doctísimo Padre Pedro Canisio, de la Compañía de Jesús, dice que desde el principio de la Iglesia los sirios, enseñados por los sagrados apóstoles, acababan el sacrificio de la misa con el Ave María, añadiendo á la salutación del ángel y Santa Isabel, estas palabras: "Santa María, Madre de Dios, ruega por nosotros pecadores. Amén." Mas púedese componer esta diferencia, si decimos, que lo que usaban los sirios en la misa desde el tiempo de los apóstoles, lo empezó á usar toda la Iglesia, siempre que reza el Ave María, desde el año 431.

Es tan agradable la salutación angélica á la Santísima Virgen, que, como dice San Atanasio, los ángeles en el cielo la saludan y alaban con las palabras del arcángel San Gabriel. Y de Santa Matilde, hija muy regalada de la Madre de Dios, se escribe que, oyendo un día misa de Nuestra Señora, al empezar el sacerdote á decir aquellas palabras: *Salve, sancta Parens*, le vino un deseo muy entrañable de saludar también á la Virgen, y hablando con Ella, le dijo: Oh! Señora y Reina dulcísima, si yo hallase una salutación la más excelente que humano entendimiento puede pensar, de muy buena gana os saludaría con ella. Luégo fue arrebatada en espíritu, y vio á la gloriosísima Virgen María, cercada de innumerables ángeles y de inmensos resplandores, que traía en el pecho escrita con letras de oro la salutación angélica, y dijo á la santa: Nunca pudo llegar hombre á inventar semejante salutación, ni me puedes saludar con otra que más me agrade que ésta, por-

que con ella me saludó la Santísima Trinidad. El Padre me confirmó con su omnipotencia, para que fuese exenta de toda culpa; el Hijo me ilustró con su sabiduría, para que fuese como un astro refulgente del cielo y de la tierra; y el Espíritu Santo, con la dulcedumbre de su amor, me llenó de toda gracia y me hizo tan agradable á sí, que todos los que buscaren por mí la gracia, la hallarán; y dejando consoladísima á la santa virgen, desapareció la Virgen de las Vírgenes y toda aquella maravillosa visión.

Juan Lanspergio y el abad Ludovico Blosio, en sus obras espirituales, cuentan haber sido revelado á algunos varones santos, de cuánta gloria sea para Dios, honra para la Virgen, agrado para los ángeles y bienaventurados y provecho para los hombres, la devoción del santa rosario; y particularmente refieren que un prior de la Cartuja del monasterio de Tréveris, que por muchos años se había ejercitado en la devoción del rosario, siendo en una ocasión arrebatado en espíritu, como solía, y subido al tercer cielo, como San Pablo, ó abiértosele el cielo, como á San Esteban, vio con los ojos del alma, cómo toda la corte del cielo daba á Cristo y á su gloriosísima Madre, millares de bendiciones y alabanzas por los inefables misterios que se encierran en el rosario; que los coros de los ángeles y santos estaban con grande atención el tiempo que se rezaba el rosario, y que al pronunciar el nombre santísimo de Jesús, hincaron con profundísima humildad la rodilla, y al oír el nombre dulcísimo de María, inclinaban la cabeza con grandísima reverencia; y vio juntamente que todos los celestiales espíritus y hombres bienaventurados hacían oración á Dios, pidiendo favores y mercedes para todos aquellos que, rezando el rosario, se ocupaban en la tierra en lo que ellos se ocupaban en el cielo, en alabar á Jesús y á María y dar gracias á Dios por los altos y soberanos misterios que con inefable y estupenda caridad obró por la salud de los hombres y por las grandes cosas que con inmensa liberalidad hizo en María el Todopoderoso.

Vio también aparejadas en el cielo muchas coronas de gloria, hermosas y resplandecientes, para los que rezaban devotamente el rosario. Supo que cada vez que alguno decía un rosario, alcanzaba algún favor y merced, y alguna gracia y bendición particular en esta vida por medio de la Santísima Virgen María, que oraba por los que rezaban su rosario. Finalmente, entendió que en esta devoción estaba encerrado tal tesoro de gracias y bienes espirituales, que ninguno de los mortales lo podría comprender con el entendimiento y menos explicar con las palabras. Todo esto fue revelado á aquel varón santo, y por no ser avariento del tesoro mayor, ni defraudar á los venideros de la noticia que tanto les podía aprovechar, dejó escrito lo que había visto, y descubrió esta mina, de que podían enriquecerse todos, de espirituales riquezas.

No tienen número los favores que Dios hace á los devotos del rosario de María. Pero ¿qué maravilla es que sean tan favorecidos y consigan tantas gracias, si ruegan por ellos los bienaventurados, si suplican los ángeles, si intercede María? ¿Qué no alcanzarán tales ruegos, que se negará á tales súplicas, qué cosa hay imposible ni dificultosa á tal intercesión? Por el rosario los ciegos reciben vista, los sordos oídos, los mudos lengua, los mancos manos, los cojos pies, los desconsolados consuelo, los necesitados socorro, las estériles hijos, los enfermos salud y los muertos vida. ¿Qué milagros no hizo Santo Domingo por medio del rosario en España, Italia y Francia? ¿Qué maravillas no han hecho sus hijos en todo el mundo donde han introducido esta devoción? ¿Qué prodigios no obró en el Oriente el apóstol de las Indias San Francisco Javier con el rosario en sus manos, ó en las de los niños inocentes que enviaba á curar endemoniados, sanar enfermos y resucitar muertos?

Muchas son las batallas que se han conseguido con las armas del rosario; y fuera de la batalla naval de que hablamos antes, es muy ilustre la que ganó León IV, año

de 853, de los enemigos de Cristo, porque viniendo á Roma un ejército de moros y bárbaros, amenazando fuego y sangre, ruinas, impiedades y sacrilegios á aquella santa ciudad, el santísimo Pontífice, que no era menos valeroso para la ocasión de la guerra, que prudente en el tiempo de la paz, hizo gente, y mudando el oficio de Aarón en el de Moisés, ó juntando en uno el cargo de sumo sacerdote y capitán general, acaudilló á los soldados hasta el puerto de Ostia, donde el ejército contrario había desembarcado; mandóles á todos confesar y comulgar, é invocar á la Madre de Dios del Rosario, y quiso que por el camino llevasen en la una mano la lanza con que habían de pelear, y en la otra el rosario con que habían de vencer, hasta que, encontrándose los dos ejércitos, el santo Pontífice echó á los cristianos la bendición, haciendo sobre ellos la señal de la cruz, y los animó con gravísimas palabras á morir ó vencer; pues de cualquier manera vencían, ó á los enemigos, ganando la victoria, ó á la muerte, muriendo en la batalla por tan justa causa. Luego dio el ejército de los cristianos en el de los infieles con tal furia, que mataron la mayor parte de ellos, y los demás huyeron á sus navíos, llenos de temor y espanto, buscando la seguridad en la fuga, y dejando á los cristianos muchos cautivos y despojos, con una insigne victoria, debida más á la oración que al valor, y conseguida más con el rosario de la Virgen que con las armas de los soldados.

Recibió Santo Domingo el rosario de mano de la Virgen para destruir la herejía de los albigenses, porque como una de las herejías de estos blasfemos herejes era poner su lengua sacrilega en la pureza de María Santísima, quiso el Señor oponer alabanzas de su Madre á las injurias de su Madre, y por medio de su rosario, que aconsejó Santo Domingo rezasen los capitanes y soldados del ejército católico, que gobernaba Simón de Monforte, siendo sólo de ochocientos caballos y mil infantes, alcanzó una insigne victoria del ejército de los albigenses, que constaba de cien mil

hombres de pelea, muricando muchos millares de los enemigos de María, y sólo siete ú ocho de los católicos, que defendían su pureza y estaban debajo de su patrocinio.

¿Qué diré de las victorias espirituales que han conseguido los devotos de María Santísima, de los demonios y de los vicios, por medio del rosario? Muchos son los que por medio de esta devoción han salido de sus culpas y se han desnudado de los vicios y malas costumbres que se habían convertido en naturaleza. De una Magdalena pecadora, en la ciudad de Roma, hizo Santo Domingo por medio del rosario una Magdalena penitente, ó una Santa Catalina, que éste era su nombre; y merece este renombre la que mereció ser regalada de Dios con visitas y revelaciones celestiales, con admiración del mismo Santo Domingo, que no acababa de engrandecer la misericordia de Dios, que saca los pobres del estiércol, como dice David, para colocarlos entre los príncipes de su reino, y había llenado de tanta gracia y santidad aquel corazón que estaba lleno de inmundicias y abominaciones. ¿Cuántos, que estaban desesperados de su salvación, han cobrado esperanzas de vida eterna, rezando el rosario? ¿Cuántos, que á toda priesa caminaban por el camino de la perdición, han tomado el camino derecho por medio de esta devoción? ¿Cuántos se han librado por el rosario de males temporales y eternos? Para muchos pecadores ha sido principio de su felicidad eterna el haber perseverado mucho tiempo en la devoción del rosario; y así reveló la Virgen al beato Alano de Rupe, según él mismo lo escribe, que es señal probable de reprobación tener horror, tedio y descuido de rezar el Ave María; y al contrario, ser devoto y cuidadoso de rezar esta salutación, es señal probable de predestinación.

Considerando, pues, los diversos favores y mercedes que Dios hace por medio del santo rosario, podemos decir que es la honda de David, con que derribó al gigante é hizo huir al ejército de los filisteos; el lazo en que quedó

suspenseo Amán, y libre el pueblo de Dios de la muerte que le quería dar este poderoso enemigo, y aquella cinta que puso Rahab en la ventana para salvar su vida y la de su familia cuando entraron los israelitas á fuego y sangre en la ciudad de Jericó. Las dos oraciones del Padre nuestro y Ave María, de que se compone el rosario, comparan algunos á las dos alas de paloma que pedía David, para volar y descansar, y á las dos alas de águila que le fueron dadas á aquella mujer del Apocalipsi, que es el alma santa, para volar al desierto, huyendo del dragón infernal; y dicen que son las mejores armas que penden de la torre de David, que es María Santísima y la Iglesia santa, con que se han de armar los fuertes para defenderse y ofender á los enemigos; y que estas dos oraciones juntas, como de dos lados grandes, se forma la escala mística que vio Jacob en sueños, que llegaba desde la tierra hasta el cielo, por donde subían ángeles y bajaban, de lo cual reconoció el santo patriarca, que estaba allí la casa de Dios y la puerta del cielo. Este rosario se compone de las rosas y flores de que gusta María Santísima, y esto basta para aficionarnos á su devoción. A algunos devotos suyos, que ponían á sus imágenes coronas de flores, reveló María Santísima que gustaba más de coronas compuestas de sus saluciones, y en demostración de esto ha sido vista tal vez coger de la boca de sus devotos, mientras rezaban el rosario, rosas en lugar de Ave Marías, y azucenas, en lugar de las oraciones del Padre nuestro, y formando una guirnalda de aquellas flores misteriosas, coronarse con ella. Otros devotos del rosario han sido coronados con guirnaldas de semejantes rosas y azucenas, mientras le rezaban con devoción.

María se compara en el Eclesiástico á las rosas de Jericó, que, según dice Alberto Magno, tienen ciento y cincuenta hojas; y el rosario se compone de otras tantas rosas, que se ofrecen en oloroso sacrificio á la rosa de Jericó, que es la reina ó la diosa de las flores. Estas son las rosas y flores que pide María en los Cantares cuando dice: "Cer-

cadme de flores, porque estoy enferma de amor." Con estas flores se alivia su enfermedad y se satisface su amor. Estas son las flores que dice María en el Eclesiástico: "Mis flores son fruto de honra y honestidad." ¿Qué cosa de mayor honra, que coronarnos con las flores de María? ¿Qué cosa más honesta, que coronar á María con tales flores? Todo lo es el rosario, corona de María y corona nuestra. De estas rosas, que nunca se marchitan, nos hemos de coronar; no de aquellas que se coronan los necios del libro de la Sabiduría, con temor de que se marchiten. A María vio San Juan coronada de estrellas, y más estima María ser coronada de rosas y azucenas, de que se compone el rosario, que de las estrellas del cielo. Si quieres, pues, coronar á María con una corona de su buen gusto, no busques diamantes, ni piedras preciosas, ni eches menos las estrellas para labrarle una corona digna de su grandeza; sino rezale todos los días su rosario ó corona con mucha devoción, meditando juntamente los misterios del rosario, gozándote de los privilegios de María, para que acompañe la consideración á la voz, y no esté lejos el entendimiento de la lengua, porque así te coronará María de favores en esta vida, y te alcanzará una corona de gloria en el cielo, á donde nos lleve el Señor á todos por la intercesión de su Madre.

P. RIVADENEIRA

(Del *Flos Sanctorum*)

UN NUEVO LIBRO FILOSOFICO

[LECCIONES DE LÓGICA dictadas en el Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, por Julián Restrepo Hernández, doctor en Derecho y colegial Honorario—1907—Bogotá—Imprenta Colombia—Páginas XIV+317 en 8.º]

Entendemos que escribir un tratado de Filosofía católica, ajustado á la mente de Santo Tomás, en que se comparen las doctrinas del Angélico Doctor con las de los autores antiguos y modernos; tratado metódico, claro, sen-